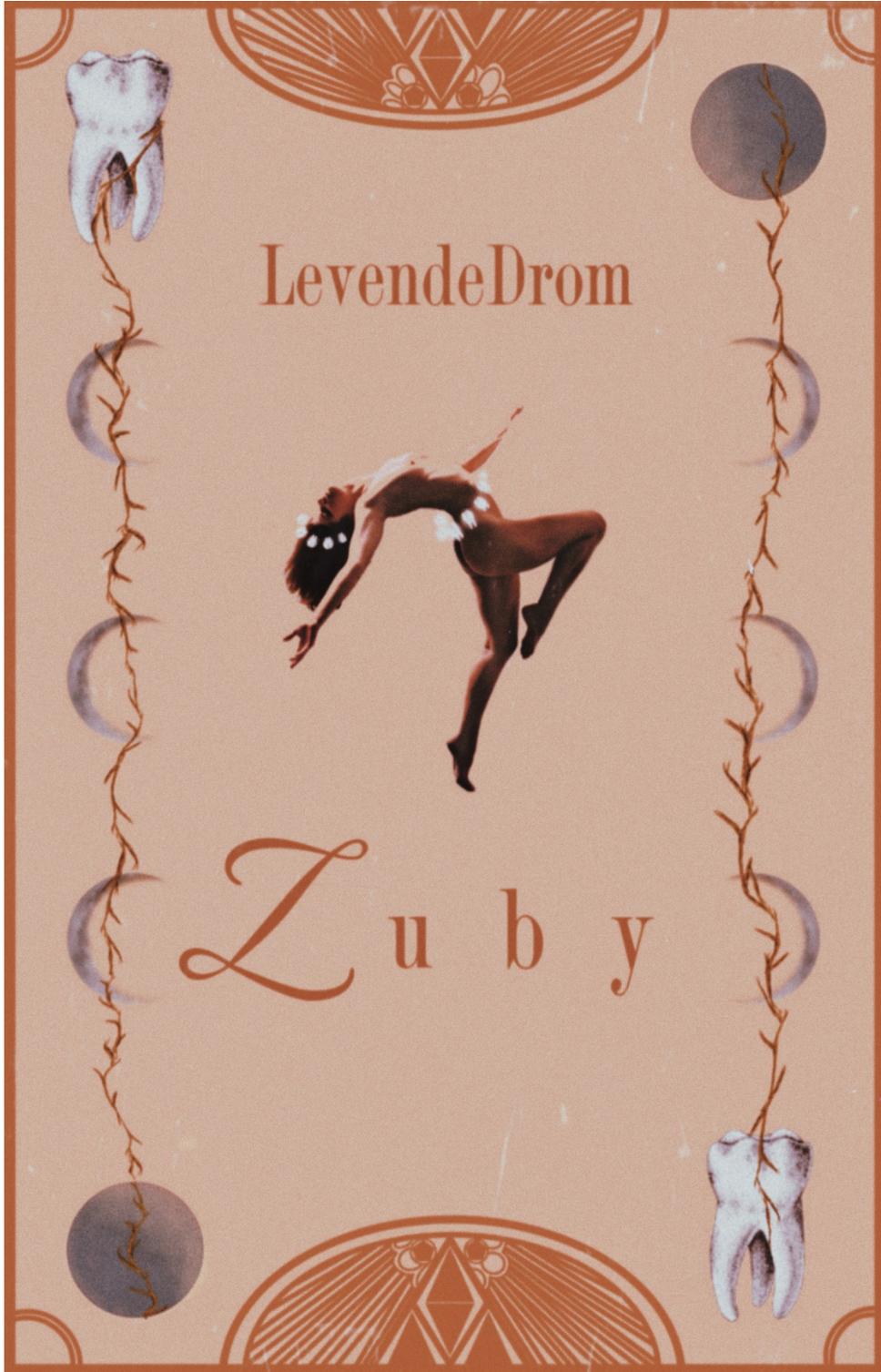


Zuby

Levende Drom



Capítulo 1

Permítame usted, contarle una experiencia de la cual no guardo orgullo. Ante esto quiero expresar mis más profundos deseos, poniendo mi confianza sobre una hoja de papel.

Con anticipación quiero que me perdone, por mi manera un tanto vulgar para expresarme.

Quiero dar inicio a esta carta contándole, desde mis más profundos sentimientos, aquel deleite que mis desagradables ojos tuvieron la oportunidad de ver, y aquella excitación que mi cuerpo pudo sentir. Me gustaría decirle que mi manera de ver el mundo es mucho más distinta y un tanto peculiar de lo que cualquiera llega a imaginar, tengo, en realidad, una fascinación extraña por dientes. Como podrá imaginarse, he tenido muchos problemas por esto.

A temprana edad comencé a perforar con aún mis poco desarrollados dientes los pechos de mi madre, creo que de ahí hasta entonces no descarté la posibilidad de hacerlo de nuevo, sólo que esta vez con una verdadera mujer.

Mi fascinación llegó a una gran obsesión que llegué a extraer mis propios dientes, los guardaba y admiraba como si de objetos acendrados se tratasen, llegué a crear mi propia colección que ni siquiera una caja podía guardar todos y cada uno de mis tesoros.

Podrá imaginarse usted de que aquellos que almacenaba no eran en su totalidad míos, y así es, mi amigo, los recolectaba como un viejo coleccionando cachivaches; eran tantos de ellos, de diferentes tamaños y formas, hasta llegaba a clasificarlos de entre los amarillos y los blancos. Desgraciadamente usted no lo entendería, es demasiado inefable mi pasión por estos, era tan grande mi amor y afecto, que llegué a considerar que amaba más a los dientes que a mi mismo, no me sentía merecedor de tener entre mis manos aquellas entelequias que me tenían tan deslumbrado.

Mi colección perduró durante años, sentía de cierta forma un menester de pertenencia, un simbolismo que me tenía aferrado como un culto a sus creencias, creía que, estos artilugios, como cualquier joya preciosa, eran indispensables para coexistir en esta piara que se hace llamar humanidad.

Ciertamente era complicado intentar ocultar la cavidad que me causaba en el cuerpo apartarme de mis ideologías fanáticas, alejarme de los dientes para aparentar entre tanta gente que también ocultaba realidades aterradoras de sí mismos. Todos, esclavos de la tristeza presagio del olvido.

Se preguntará, ante todo pronóstico, si en algún momento tuve que abandonar mis ansias por tomar un sólo diente, hubo un tiempo, mi amigo, no coleccionaba nada, he intenté dejar mi pasión para tener lo que muchos consideraban "una vida normal".

Para mi desequilibrada imaginación, como muchos llegan a describirla, era fascinante mi amor hacia estos órganos, que no cualquier persona podría

comprender semejante admiración y apreciación por algo que ellos consideraban tan banal; y muchos llegan a cavilar de manera errónea algo que desconocen.

Lo ignoto para el ser humano no tiene una explicación más allá que no sea "raro". Las personas se creen con la suficiencia para definir lo correcto de lo particular con tan solo haber escuchado las palabras de terceros que proyectan sus "conocimientos" solo representando el pensamiento de otros, ¡todos unos exegetas!

Me perdonaré por el lenguaje tan soez con el que me expreso en estos párrafos, pero quiero que percate mi desdicha por estas ideologías melindres que desacreditan el apasionado camino de un hombre hacia el arte.

Usted no sabrá el tiempo que tuve que pasar sin tener un solo contacto con mi pequeño caudal. Intenté, intenté demasiado perder la predilección que tenía hacia los dientes, me fue de alguna manera casi imposible. Creí por un momento que mi estado mental se estaba deteriorando.

Pero es aquí cuando le cuento a usted, mi viaje que me llevó a salir de un agujero que parecía no tenía término.

Fue ella, aquella señorita que con su brillante presencia podía iluminar hasta la más oscura de las habitaciones, una mujer encantadora, ¡perfecta! desde cualquier ángulo en que la vieras.

Desde entonces he tenido un amor zalamero que hizo que me apartara de mi posesión más preciada.

No era necesario para mi presentarme ante ella con arrumacos que realmente no significaban nada, nunca tuve una sola idea de cómo demostrarle cuanto la amaba.

Hasta que un día tuve ante mi la presencia de un designio que aclaró todas las dudas que alguna vez pude tener.

Pensaba que sería un regalo lindo para ella, era tanto mi uebo, que no lo pensé dos veces antes de introducirme en su casa, con un cuaderno vetusto entre mis manos, escritas en cada una de sus tristes hojas, todos los pensamientos y versos que tenía preparados para que sus hermosos ojos pudieran apreciarlos.

La escuché, la brisa que se introdujo forzosamente por la puerta me hizo saber que ella ya estaba en casa.

Sus pasos resonaron, hasta eso en ella era perfecto. Y en ese momento, me acobardé, por un instante por mi mente cruzó, como un rayo impactando contra la tierra, un sentimiento azaroso, me odié a mi mismo por tener esos pensamientos de abandono. Y así lo hice, abandoné, como un maldito medroso.

Desde entonces la he visto desde lejos, enviando cartas, enredándola con mis tejemanajes.

Ella se convirtió en una alhaja en mi vida, mientras que yo me deterioraba en su deshollinador personal.

Al terminar el día me limitaba a volver a casa y descansar, y sin poder evitarlo, de manera perogrullada, pensaba en su silueta, justo antes de caer en el sueño.

Caer en sueño profundo era doloroso, me emanaba un vértigo que no

podía controlar, y antes de que siquiera pensara en levantarme, me encontraba ya perdido en la quimera.

Creo que está de más decir que soñaba con ella, la veía enredada entre lirios blancos que asemejaban el tono de su tersa piel; parecía ser una con las flores. Mientras tanto, yo en cambio, era indescriptible; es fascinante creer que Dios nos hizo a su imagen y semejanza, que somos el centro de todo, el fin de la creación. Sin embargo, yo era '□□□□□completamente anti antropocentrista, no creo siquiera que la lengua pueda describir la forma que mi anatomía desprendía.

Una masa carente de explicación, que solo era dueña de materia que le permitía ser visible, abigarrado con partes en su cuerpo que parecían una mezcla del hombre con todos los seres existentes en este planeta. Y ella ahí, flotando en el aire, con las flores cubriendo todo su cuerpo, ella, parecía la imagen más pura y acertada de la creación, el absolutismo de la feminidad.

Mientras tanto, sus dientes, volando en su cabeza simulando el aro de un ángel, su luz, cubriendo su total plenitud, con su rostro y silueta apacibles, a pesar de estar ante la presencia de un ser teratológico.

Despertar de un sueño que parecía perfecto nunca fue tan sosegante déjeme decirle, resulta realmente aterrador el intempestivo sublime de aquel sueño.

Siento mucho el anacronismo en mis palabras, ciertamente me parece bastante agradable la serenidad que produce el recordar experiencias pasadas.

Permítame entonces adelantarme a los acontecimientos que sucedieron a inicios de mi senectud.

Para este entonces ya comenzaba a tener ataques ciclotímicos, y, al parecer, unas ganas incontrolables de meterme una bala en la garganta, como podrá notar, el valor a sido mi punto crítico.

Y antes de que me diera cuenta, ella estaba con una belleza que parecía ser interminable, mientras yo me sumergía en Titono, convirtiéndome en esclavo de la vejez eterna.

Le vendí mi alma a esta mujer como un desdichado que pacta con el diablo, completamente flébil de dichosas promesas que a diario me hacía, esperando que algún día, aquella mujer a la que le debo mis noches de insomnio, se ensimismara en lo que respecta mi persona.

Al cabo de un tiempo, tuve que obligarme a desvanecer su imagen de mi memoria, aislado de toda adyacencia que alimentaba mis doctrinas famélicas con las que me estaba atragantando.

No le negaré que fue bastante difícil intentar perder la limerencia hacia aquella mujer que me tenía tan cautivado, me constreñí a mantenerme apartado de toda comunicación con el exterior, tanto así que hasta la luz del sol me hacía arrastrarme por el suelo hasta mantenerme en una sola esquina, completamente retraído y asustado de todo lo que ocurría allá afuera.

Me mantuve en cautiverio por mucho tiempo, coexistiendo con devaneos que no aportaban nada a mi salud mental.

Y, asustado de lo que ahora era mi naturaleza, recordé por un momento

mis pasiones antes de conocer a esa mujer; en ese momento recuerdo haber tenido un extraño sentimiento de lujuria que hizo que me arrastrara por el suelo cual gusano hacia el baño.

Déjeme decirle que aún conservaba la mayoría de mis dientes; arrancarlos fue una explosión de éxtasis que no pude siquiera asimilar en ese momento. Estuve estoico de todo dolor, y, hambriento de desesperación desarraigué mis monomanías, embriagado en una neurosis lujuriosa asfixiante que me repetía una y otra vez que continuara.

Creo que hasta ese momento no era consciente siquiera de quién era, sabía que estaba ahí, pero no me sentía; mirarme al espejo en ese instante era como ver un vacío indefinido. Sentía que a mi cuerpo le cubría, como una manta, una inclemencia que parecía evaporarse en mi anatomía.

Y ella volvió a mi mente, la sentía tanto que hasta creí que realmente estaba conmigo, y en mi delirio, pude ver como se reflejaba en el espejo sórdido, pero era como si toda esa suciedad ni siquiera la tocara. La vi a ella, perfecta, con una aureola brillante anunciando su llegada, reclamando mi mirada para su silueta.

Tomó mi faz entre sus dulces manos, acarició mi completa fisonomía, y, sin darme cuenta, estaba perdido en un limbo que parecía guiarme a un pródromo embriagante.

Era un paraíso pero a la vez era una ergástula que me apretaba el pecho con falacias disfrazadas de musas melódicas, y aún con todo eso, me vi beocio siguiendo a la dama culpable de mi filantropía.

Su vestigio se me enterraba en la piel como aquel que osa clavar un puñal en el pecho de un soldado que ya demostró haberse rendido, comencé a verla con un brillo destellante e igualmente imposible de ignorar. Y completamente embelesado, ya nada tuvo importancia, no había una pizca de conciencia que confirmara mi existencialismo, sólo la holística que tenía frente mío como la creación de la pureza y la belleza compartiendo un solo cuerpo.

Todo puede acabar demasiado rápido si te concentras en disfrutar.

¿Cree haberse enamorado tanto alguna vez?.

Sentir ese deseo incontrolable, atragantarte con tus propias palabras que salen como pequeños ángeles intentando recordarte lo mucho que te disnea el sentimiento de proyectar su imagen en tu memoria.

Parece hasta ridículo, pero es como si no pudieras evitarlos, como si cada pensamiento intrusivo se adentrara en tu alma como un parásito reclamando tu cuerpo para si mismo.

Desde su partida, he estado en una completa disociación envolvente y abrupta, una paranoia y una psicosis que si no fuera por la poca cordura que me queda, me ahogaría hasta hacerme creer a mi mismo que hasta mi propia piel me envenena como un suplicio de condena, hasta que un culminante deseo me obligaría a extraer mi dermis, y dejaría completamente expuesto al hombre que quiero mantener oculto.

Me condené a mi mismo a vivir en un purgatorio, a un constante baticor. Un angustioso uróboros que comenzaba a sofocarme con un engurrio de deseo. Me encontré completamente consumido por la avaricia de pensar

en tan siquiera posar mis manos sobre su cabello.

Un vil y enfermo deseo, y a su vez, un atasco melancólico.

Mi vida no ha sido la misma, es provocativa la yactura, su descenso fue como una invitación vanidosa a ser manumiso de toda esclavitud, pero, incapaz de presenciar la única puerta abierta sólo para mi evasivo egoísmo, decidí quedarme; decidí con ímpetu arrastrar con verosimilitud mi inexistente estoicismo. Todo, como un regalo, un sacrificio doloroso pero necesario.

Ciertamente estaba perdido en el pleno instante en que la miré, había vendido mi alma a esa hermosa musa sin importar las espeluznantes consecuencias, me vi sumergido en mi abyecta codicia, mientras sangraba desvaríos que empezaban ya a tener un tono oscuro y putrefacto.

Su presencia era ubicua mientras me encontraba en la disociación, un parpadeo era suficiente para que apareciera y desapareciera de un mismo lugar, era cavilante e indescifrable; un augurio enriquecedor, o un entierro prematuro.

Me vi en una extensa tanatomorfosis consecuencia de mi obligada separación, una angustia encarneciente en castigo de mi adorado y babélico fervor.

Usted verá pues, una gran y entrañable súplica a no ser juzgado. Creo entonces en un renacimiento espiritual para el que ha caído, una cognición otorgada al más infausto de los hombres.

Pero no espero que me comprenda, y tampoco imploro su clemencia ante la dicha idea de compartir un solo pensamiento igualitario.

No creo tampoco alejarme de mi pensamiento contumaz aunque se me repudie con anatemas. Es más, me siento afortunado de exteriorizar mi propia exégesis, mi propia obra que permanecía encarcelada como esclavo de sus emociones.

Pero esa dama... Usted no sabe, esa dama era como un hechizo imprevisto, parecía como si me diera vida pero a la vez exigiera un poco de ella. Siempre bonancible, pura; ella me mantenía constantemente en una pendiente de dolor, pero parecía inexistente al admirar su benevolencia.

Creo haberme enredado demasiado sin siquiera haberlo notado, ciertamente es confuso, pero tampoco espero el reconocimiento a mis palabras. Su existencia era inherente en mi vida, y de cierta manera contagiosa y excéntrica. Y aún con el hilarante dolor somatomorfo, jamás pude siquiera poner un pie fuera de su alcance, no en alma.

Su figura aparecía siempre en mi memoria como una fugaz avaricia lujuriosa, y sin poder evitarlo me encontraba ya perdido en los rincones más oscuros de mis anomalías, ceñido por sogas producto de mis más vergonzosos deseos.

He visto desde entonces mi constante deterioro, nunca me consideré un immaculado en esencia, ni siquiera fui devoto de mis propias ideas a pesar de estar tan apegado a ellas.

Pero no hubo momento en el que reprimiera mis ambiciones, aún si me envenenara con mis miserias. No me creía capaz siquiera de ver mis propias debilidades fugitivas como algo negativo.

Después de mantenerme aprisionado por tanto tiempo, irónicamente temeroso de mi amada, me convencí a mi mismo de probar los placeres de reencontrarme con mi vida pasada, exceptuando pues, mi arbitrario enamoramiento que a su vez ya se estaba convirtiendo en una desagradable saudade.

Creí que me mantendría más abierto a las posibilidades, creí que olvidaría a la mujer que me tenía enjaulado como prisionero de mis perjudiciales ilusiones. Perdería mi devoción como un paso para mi falsa felicidad, o caería en tierra húmeda en consecuencia a mi ignominia.

Desgraciadamente no pude envolverme de dicha, ni atestiguar con orgullo mis victorias. Sólo me convertí en un desgraciado que se impedía ser ecuánime de los vicios deplorables que significaban estar encarecido de amor.

Usted ni siquiera lo creerá, pero esa mujer era inmarcesible, se imaginará pues, que nunca pude conservar un sólo apego a mi anhedonia autoestima; ni un ápice de dignidad, ni un contrapunto para albergar mis instintos.

Pero me encuentro ya abatido por la agonía, nunca fui ni seré merecedor de reclamar con decoro a la creadora de mis incitaciones más prolijas.

Y usted será testigo de mi apetencia, me verá hundirme en mis pecados, pero no podrá culparme. No me mantendré yerto ante la prosperidad, ni oprimiré mi ansiosa polifagia.

Perdóneme por expresarme tan vanílocuo en estas páginas, y por mantenerme en pos de mi libertad. Pero he llegado por fin al acmé de mis ideas, he tenido que profanar en lo más profundo de mis pensamientos para encontrar así la única respuesta que culminará el final de mis pasiones.

Me veré en una burbuja de plata creada con la paz que se me otorgará en consecuencia de mis acciones, o seré juzgado por las sofismas presagias de su seducción.

De igual manera, será un sacrificio impoluto y lleno de necesidad implorada, una firme aclamación al último de mis deseos.

Con el corazón roto me obligue a separarme de su figura, pero en agradecimiento a su existencia en la mía, miserable, le confiero el más caótico de los regalos, aún si este regalo signifique un deshonor a mi perdón.

Con engurrio de preco entendimiento, no espero que se adelante a sentenciar mis palabras, ni que se me señale en el nombre de un cobarde sin antes analizar mis razones.

Así que con la mano magullada le suplico que analice en juicio de mis oraciones, como un post scriptum de mis relatos, o simplemente como el hombre que tiende su mano al desamparado.

Lloraré clemencia en desespero por mis actos, y ahogaré gritos ante los castigos que me sean inculcados; pero a pesar de todo esto, jamás derramaré una gota de arrepentimiento. Por la libertad de algunos es necesario el sacrificio de otros.

Así que le concedo esa oportunidad a mi amada, que con mustio veré partir hacia la última de las ilusiones.

Ahora me encuentro abatido y, ¿por qué negarlo?, temeroso, no puedo soportar el peso del atroz pensamiento de cometer tal sacrificio. Pero ya no puedo más, es un flagelo deplorable incapaz de desvanecerse como cenizas, un impertinente dolor que se mezcla con las sofisticadas palabras que mi propia mente convoca, invitadas a un festín. No le negaré que es seductor el hacerles caso, es provocante acompañarlos a sus aposentos, y sumergirme en la reverberación. Ahora ya no es posible hacerlas esperar, las palabras están ansiosas de ser acompañadas, y yo soy su más aclamado huésped. Así que, con añoranzas me despedido, no quedará más del hombre que fui, y mis plegarias serán esparcidas por mis recuerdos, justo como alguna vez debieron estar. Con tremendo dolor empuñaré el arma aún si el tiempo es intempestivo. Solo me queda pedir indulgencia a los cielos. Perdóname Dios.

Capítulo 2

Quién diría entonces que sus manos invocarían el más deplorable de los pecados.

Un cobarde naciente del seno de los cielos, que a su vez fue desterrado de los brazos iracundos del que alguna vez consideró su creador.

Hombre que con desprecio vio partir el alba en castigo a sus ideales, como animal que deshonor las virtudes otorgadas en nombre de la divinidad inmaculada que le fue presente.

Enviado al más miserable de los infiernos, que con reverberaciones se alzaba el que encomienda su suplicio, intocable ante los ojos de los bárbaros que a su gratitud dieron comienzo.

Sobre almas condenadas navegaba el señor del oprobio, avergonzado agachando la cabeza imitando a los esclavos que devotos emprendían caminos custodiados por acertijos abstrusos. Incapaz de comprender el dominio de quien manejaba las riendas de su eternidad agonizante.

Alejado de lo impoluto, cabalgó hacia el ocaso pidiendo a gritos misericordia, sin comprender aún que los ángeles prendieron en fuego las alas que alguna vez le otorgaron emancipación.

¡Cómo osaba despreciar el regalo que le fue concebido al cantar de las musas!; arrastrado en boca de los espectadores fue lanzado a las catacumbas impactantes como el flagelo que con destreza alzó su mano. «Que mi alma os sirva de cena, pero tened la valentía de mirarme a los ojos al engullirme». Había dicho entre los gritos famélicos de los desprolijos que con egocentrismo reclamaban su sangrar.

Los señores oscuros que con rencor lo acribillaban en los rincones de su memoria expulsaron ademanes que ante su presencia no tenían significado. Pero bajo sus penas se almacenaba el Reino de los mendigos, que sobre piedras ardientes danzaban al son de los lamentos de su señor.

Encaminado por demonios recibió la más gélida de las cavernas, cual castillo se alzaba sobre las puntas que los primeros hombres comparaban con la agonía de su condena. El pecador cabizbajo, con baticor y sin lealtad, comprendió entre sus lamentos el destino abyecto, sumergido así en sus penas.

¡Oh grandes hombres que con valentía blandieron la espada que surcó los cielos como un cometa teñido de la sangre de los traidores!, la gracia se os fue arrebatada de la misma forma en que os fue otorgada. Infelices bajo el lecho que la madre lloró con lágrimas envueltas en oro, mientras codiciosos saqueaban los hogares con rencor deslizándose por sus dientes.

¡Oh grandes mujeres que con absoluta belleza condenaban a quien osara posar sus ojos sobre ella!, ¿eran amantes de la muerte?, o ¿sus desgracias significaban hechizos involuntarios?. Hasta los más juzgados temían perturbar su plenitud; tan poderosas y tan pasionales, todas fueron regalos para el egoísmo de los menos agraciados.

Se permitió llorar, pero allá abajo las lágrimas se desintegraban y

quemaban su piel como pequeños gusanos ardientes arrastrándose por su cuerpo. Los sirvientes fueron gritando su nombre como ingeniosos gritos ahogados enviados por el más sádico de los demonios.

Pobres almas en pena, todas obligadas a servir los deseos del que se nombraba a si mismo como el anfitrión, igual de hambriento por ver a los miserables que cruzaban sus puertas, y verlos arrodillarse implorando misericordia.

Quien diría entonces que su torturador no era como las leyendas contaban, incrédulo ante las ideas de los grandes que con autoridad afirmaban sus cuentos, comprendió que hasta los más sabios se equivocan. Fuego naciente en su interior era lo que cantaban las aves, sin darse cuenta que su piel era tan fría como el corazón que enterrado en su puñal latía; se decía que tenía grandes músculos vertientes de venas que almacenaban gritos lejanos al tiempo que lloraban por libertad, en vez de percatarse que estaba tan esmirriado como hombre que por las calles vagaba ahogado en necesidad.

«Vine hasta el fin del mundo para verlo a usted, pero parece que ahora los grandes se están riendo de mi ingenuidad». Grandes señores que con inocencia creyeron en los ángeles, y ninguno pudo darse cuenta que los pecadores nunca reciben trato generoso.

«Los grandes siempre contarán grandes historias». Inmersos se encuentran todos los que sin ritmo navegaban sobre las fantasías más hermosas, parecía hasta imposible distinguir un atisbo de mentira rodeando la hermosa falsedad como tierra al sol.

«Ahora no me cabe duda. Pero, no logro entender por qué estoy aquí». El pecador contempló en los ojos de su captor, lo que parecían ser nubes inyectadas en sangre; lloraban y lloraban proclamando el inicio de una nueva era, gemían lamentos que asemejaban melodías que bien podrían ser cantadas por los habitantes del cielo, pero éstas tenían un tono melancólico y desgarrante; en manos de los sabios juraban que las traiciones que se le acusaban eran malentendidos llenos de rencor.

«Ingrato el que no abre los ojos, pero condenado sólo el que se alimenta de ignorancia». Sobre su voz se susurraba agonía que reclamaba por venganza, pero sobre la sangre envenenada de sus ojos no congregaba emoción que delatara sus deseos.

Incapaz de comprender el significado de las palabras de su señor contrajo el degradante interés de marcharse, pero rodeado por demonios se encontraba inmerso en dubitativas del destino en pos de sus acciones. Se creía haber sido enviado, pero navegaba en la ignorancia que con anhedonia escupió el que alguna vez se proclamó ángel.

«Pero eres un ángel, deberíais guiarme lejos de la ignorancia que parezco profesar». Cómo sabría entonces los poderes que no corresponden a alguien sino al hombre, profesar había sido el desdichado encargo que los sabios tiraban, bulos que habían sido el chiste para los que con avaricia podría inclinarse ante sí mismos.

«Ya no soy propietario de ese honor». Pobres indefensos, fuisteis desterrados ante la ira de quien portaba la luz, sus augurios no fueron oídos al estar tan cegados por el odio. Sus almas vagaron sin rumbo con

apenada melancolía, hasta los gritos indefensos de los débiles fueron ignorados y reemplazados por los cantos de las diosas.

Y el pecador creía que existiría en el lecho de Dios, como un padre que protege a su hijo, pero seguía ahogado en la ignorancia que lo mantenía cegado. Sus plegarias nunca serían escuchadas. Había deshonrado, había cometido el más cobarde de los pecados, y allí abajo, donde pasaría toda su eternidad, sintió su cuerpo quemarse en agonía, al igual que pensarían los ilusos de estar sumergidos en lo más profundo de la tierra, donde se decía que ardían todas las almas que allí llegaban a parar, pero lo único que sus avergonzados ojos apreciaban, era la tierra fría y solitaria de un mundo congelado en castigo a sus habitantes.

«¿Qué he hecho?». El ángel negro que aún era temido por los vivos que plantaban los pies en la tierra lo veía, sin embargo no lo miraba, las grandes olas de sangre surcaban sus ojos en una marea que hundiría a cualquier barco que se atreviera a navegar por él; veía entre tanto desprolijo, ángeles ahogados, todos con gritos suplicantes; muy a su pesar, el pecador se lamentaba de no escucharlos.

«Te atreviste a amar por sobre ti mismo». Tantas almas caían desde lo alto, indefensas, desorientadas; pero ninguna sabía cuáles habían sido sus pecados, sobre su desesperación habían sido condenadas y desterradas de los ojos que sin disimulo los observaban con desprecio, y otros, hasta con burla reflejada en el iris.

«No sabía que era un pecado amar». Sobre los desastrosos ojos del pecador rosaban las pequeñas gotas que anunciaban la llegada de una cascada de agua salada; sus labios se convertirían en el lago en que las aguas melancólicas se lanzarían poniendo fin a su existencia.

«Y nunca lo será, pero el pecador es juzgado más allá de lo que representan sus emociones». Gran señor de oscuridad, en tu plenitud se ahogan los mustios de una soledad a la que fuiste regalado, la tomaste como esposa y te aferraste a ella como amante que predica los placeres de ser su acompañante. El pecador se preguntaba si su amante la soledad era un presagio de un amor pasado.

«Pero, ¿por qué se me ha juzgado?, ¿qué es lo que los grandes vieron más allá de mi devoción?». Con el ocaso puesto se congregaban los muertos que a la luz del sol latiente parecían arder en su gloria, pero ahí, en manos del ángel caído, el pecador confundido no sintió las llamas. Apoyado sobre su rodilla se dio cuanta, humillado ciegamente, que se encontraba suplicando a pies de la oscuridad sombría, quien sin expresión le miraba con ojos tan vacíos que desgarraban hasta la voluntad de los hombres.

«No creo ser quien responda esa pregunta». Comprendió el pecador entre desolación que no conseguiría las respuestas que aclamaba. «Eso tendrás que descifrarlo tú».

«¿Cómo he de hacerlo?». Su señor no respondió a sus dudas, ¿era pena lo que el ángel sentía?, o ¿ni siquiera estaba escuchando sus palabras?. Con ideas frías el pecador sintió su sangre removerse bajo su piel, pensó, abrumado, si sería capaz de averiguar las emociones de la abatida sombra que yacía delante.

Su pecado había sido entregar su amor. Pobre aquel que se adentraba en las fauces de la hambrienta hostilidad con la que su deseo se había vuelto contra él. Eran esclavos inocentes, pero a la luz de los grandes eran prisioneros quienes estaban destinados a pagar por sus pecados e insolencias, jamás serían acariciados por las nubes, el hogar de los inmaculados, la luz nunca entraría por los huecos húmedos de sus vacías estancias, y permanecerían el resto de sus días siendo besados por labios envenenados que susurrarían sus condenas.

«Los grandes no escucharon mis plegarias».

«Nunca lo hacen». Abatido por la tristeza el ángel oscuro desmontó de su trono. Deslizándose sobre sus escuálidas piernas se arrodilló frente al cobarde, ¿acaso los ángeles eran capaces de humillarse al estar arrodillados frente a mortales?, el pecador no lo entendió hasta ese momento. Había sido castigado al enviarlo al oscuro infierno, pero delante del ángel caído no se sintió más que tranquilo, sobre sus grandes ojos negros se reflejaba su rostro, que aunque al ser poco agraciado, al ser reflejado en los iris de un ángel, lo hacían ver como algo hermoso.

«¿Ni siquiera lo escuchan a usted?». Luz ardiente y a la vez gélida se engendraba sobre el corazón latiente de agonía de su señor, el pecador contempló embelesado por su belleza, lloró entre lágrimas envueltas en desespero y vio partir el fuego que consumía su desdicha en el momento en que su mano reposó sobre la mejilla congelada del ángel negro.

«Sobre todo a mi». Alguna vez fuiste un señor de luz, tu presencia ante los mortales no era otra más que el fino amor a toda tu gloria. Fuiste humillado con dedos rencorosos que señalaban sin pena al que todos aullaban en proa el nombre de traidor, mientras que a otros les perdonaban las acciones más atroces con sólo confesar sus pecados. Sobre un camino de espesas lágrimas negras, que no parecían ser producto de una tristeza real, el lóbrego ángel oscuro contempló sin expresión dos desorientadas perlas negras que giraban sin retorno sobre las cuencas caídas del pecador. Oh pobre el pecador, sobre él se alzaban danzantes los que sin oportunidad dejaban a los arrepentidos, y por encima de sus grandes banquetes les arrojaban sobras que por sus labios descendían tras rugir risas que en los lejanos oídos de los yacentes asemejaban a gritos ahogados.

Enterrados y abandonados, misericordiosos fueron en sus mentes los grandes que en sus pensamientos daban espacio a los ingratos que dejaron caer; todos, abrazados sobre el frío manto enviado en burla como su madre. ¿Se convertiría entonces el ángel caído en padre de estos traidores?.

«Pero eso no es justo». Con su mano aún sujetando la mejilla del señor del infierno, confundido por la cercanía, vio a su señor reposarse con disimulo en su palma fría y áspera; y con las penas atoradas en la garganta fue invitado a apreciar como las venas oscuras palpitaban en un baile que desesperado parecía querer salir de su piel.

«Ni siquiera los grandes pueden cuestionar las acciones del creador, ¿por qué crees que tú sí?».

«No lo creo, pero no veo razón para ignorar las plegarias de un ángel». El

pecador creía haber dicho lo correcto, pero la despectiva mirada enviada por el señor oscuro lo hizo dudar de sus palabras.

Triste estaba el diablo que sin arrepentimiento arrancó las hermosas alas que adornaban su espalda, ya no las usaría más, sus alas se le fueron otorgadas para vislumbrar los paisajes desde los cielos; pero ya no podría ser capaz de emprender al vuelo después de haber sido arrojado a sus espaldas por los que en algún momento le ofrecieron su devoción.

Bondadosos fueron todos cuando el ángel fue bendecido con la gloria de Dios, al igual que nadie cuestionó cuando con mano acusadora se le gritó en multitud su traición. No hubo alma alguna que con benevolencia extendiera su brazo en ayuda al verlo caer y con sus alas ver quemarse en su trayecto.

El pecador observó el ocaso desaparecer y volverse inerte en el momento en que su señor se volvió sobre sus pasos, se dijo que le dedicaría sus lágrimas en cuanto estuviera lejos de su magnificencia; aunque no supo comprender por qué.

Acunado sobre los brazos del infierno sintió el caliente fuego deslizarse hasta su pecho hasta hacerlo arder; aunque mirase por donde mirase, el subsuelo donde pasaría su eternidad parecía ser la condena más fría en todo el universo.

Comprendió entonces ser el único hombre que creía en la bondad de los grandes, "ridículo" había cruzado su mente por el atisbo de incredulidad, su consuelo no servía más que para ocultar a los ingratos poseedores que ni siquiera miraban debajo de sus pies. Habían condenado por encima de sus risas a los desgraciados que arrodillados tocaban a sus puertas con los labios manchados en culpa; y el pecador fue uno de ellos.

Mientras tanto, en los ojos de su señor se reflejaban los ángeles muertos, golpeaban el iris intentando escapar, pidiendo a gritos manumisión, sin notar que con ellos el señor oscuro estaba igual de atrapado.

Con la respiración entrecortada el pecador le dijo «No piense que me quedaré aquí viendo como se me juzga por un pecado que no cometí». «Ni siquiera sabes por qué estás aquí abajo, ni el por qué se te condenó». Se creía capaz de derramar su sangre por conseguir una respuesta a sus incontables súplicas. Fue despojado de toda oportunidad, y lanzado a lo más profundo de un palacio congelado. Un pecador que fue condenado a servir a los pies del infierno encarnado; sin siquiera saber cuál había sido su traición.

Impotente compartió miradas con su señor, el cual supuso comprendía los imploros que escupía como palabras.

«Necesito una respuesta». Contemplando la última respiración del ocaso, emprendió camino al trono del diablo, sin miedo a ser rechazado en vista de los demonios que hambrientos lo miraban deseosos de probar su alma.

«Un pecador no puede cruzar las puertas del cielo».

«Sólo quiero saber cuál fue mi pecado». Vio al señor oscuro encorvarse con la espina dorsal marcada sobre la espalda, e incapaz de comprender las acciones de su señor recibió sin reparo los labios frígidos del ángel sobre los suyos. Sintió el frío aliento congelarle la garganta justo después

de que el ángel caído recitara sobre su boca...
«Entonces tendrás que recordar».